leto, que seguramente seria el del centinela; en el lado opuesto del camino se ve la llamada villa y tumba de Diómedes, conocida de los lectores de «Los últimos dias de Pompeya,» donde se hallaron setenta esqueletos, los más de mujeres y niños, y uno que se conjeturó con mucho fundamento seria el del dueño de la casa. Las tumbas varían mucho en sus adornos, y en una ó dos se pueden ver todavía las *columbaria*. Como en aquella época estaba en uso la incineracion de los cadáveres, se podia sepultar toda una familia en un espacio muy reducido, bastando un tiesto para enterrar los restos de un romano. El interior de la tumba contenia varios nichos, y en ellos se colocaban las urnas cinerarias, generalmente de dos en dos: el número de los difuntos se indicaba en una pequeña lápida de mármol.

Así como los modernos italianos, los pompeyanos parece que fueron muy aficionados al estuco, segun se ve en las paredes y columnas. La calle del Foro dará una idea de todas las de Pompeya, pues ofrecen escasa variedad: son generalmente estrechas, rara vez de más de cuatro pasos de anchura, y el pavimento se compone de moles de lava, que desgastadas á menudo por las ruedas de los vehículos, formaban surcos profundos; las aceras, donde las hay, son tambien angostas y altas, y á juzgar por lo que se ve, los antiguos no cuidaban mucho de conservarlas bien limpias; en algunos sitios se ven grandes moles de lava que debian servir de guardacantones. Por las dimensiones de las calles reconócese que los antiguos vehículos eran muy estrechos, por lo ménos los que se usaban en Pompeya.

En el grabado que representa la calle de las Tumbas figura en último término la montaña, de la cual sale un penacho de humo, exactamente como lo ví desde las calles de Pompeya en el mes de enero de 1876.

Una mitad de Pompeya ha quedado ya en descubierto, y áun se prosiguen activamente las excavaciones. La masa que cubre el resto, compuesta principalmente de materiales volcánicos, tiene unos veinte piés de grueso. Dícese que la primera lluvia de cenizas cubrió la ciudad de una capa cuyo espesor no excedia de una vara, por lo cual pudo escapar la mayoría de los habitantes, pero despues perecieron muchos, calculándose su número lo ménos en dos mil.

Con frecuencia se hallan esqueletos entre las cenizas volcánicas, que, habiéndose solidificado, conservaron la forma primitiva de aquellos. Ultimamente los trabajadores se han valido con buen resultado de un procedimiento para sacar con yeso el molde exacto del cuerpo. En algunos esqueletos se reconoce que las personas á quienes pertenecian sucumbieron muy pronto, pues tienen los brazos levantados y los dedos crispados como por efecto de la agonía. El molde de una jóven, probablemente de diez y seis ó diez y ocho años, y de graciosas formas, represéntala echada de bruces, con el rostro oculto por el brazo, como si en su desesperacion no hubiera querido ver la escena de horror que se ofrecia á sus ojos. Tambien se encontró el cuerpo de un perro, completamente encorvado, cual si hubiese sucumbido sufriendo violentas convulsiones. Despues de ver todo esto y de pasear por las desiertas calles de aquella ciudad muerta, se puede apreciar mejor la descripcion de Bulwer en su obra «Los últimos dias de Pompeya.»

Nos despediremos ahora de la region volcánica para visitar la parte sur de la bahía de Nápoles, donde el panorama es mucho más grandioso, pues por regla general, los materiales

volcánicos que constituyen la porcion principal de las colinas situadas al oeste del Vesubio, no presentan formas atrevidas, y á causa de su árido suelo la vegetacion escasea; miéntras que más allá de Castellamare, donde se toca la caliza, todo cambia.

La localidad que primeramente se debe visitar es Sorrento; no puede haber excursion más agradable. Despues de franquear una buena parte de camino á lo largo de pendientes pedregosas, que á veces se acercan mucho á la orilla del mar, y que están cubiertas de verdes olivos, divísase de pronto Vico Equeuse, poblacion que presenta el más pintoresco espectáculo, agrupada como está en un promontorio; más léjos, dando la vuelta por un risueño valle, situado entre colinas cargadas de olivos, y subiendo despues, por una pendiente hasta la cima de la Punta di Scutolo, enorme roca de caliza que parece suspendida sobre el mar, se ve la famosa llanura de Sorrento: es una especie de valle, que formando una suave pendiente, parte de la base de escabrosas montañas, y termina bruscamente el mar, en el que reflejan sus imponentes rocas de color pardusco, sombreadas por arboledas de olivos y numerosos naranjos, entre los cuales descuellan grupos de casitas blancas y rojizas. Acá y allá florecen los narcisos y las anémonas de color de púrpura, áun en el mes de enero. Las rocas y los picos de la lejana Ischia y de Procida, la bahía de Nápoles, que se ve en lontananza, y el cono del Vesubio, forman un conjunto grandioso, superior á todo lo que se divisa en la costa opuesta.

Salerno es todavía una localidad de cierta importancia: en la parte moderna, situada cerca de la playa, hay buenas construcciones; las calles irregulares de la ciudad antigua evocan muchos recuerdos históricos. Hace nueve siglos perteneció á los lombardos; despues pasó á poder de los normandos, y más tarde perteneció á la casa de Anjou. En otro tiempo tuvo fama por hallarse allí la primera escuela de medicina de Europa.

Despues de Salerno debe visitarse Amalfi, nombre familiar para todos aquellos que conocen los lugares predilectos de los artistas. El camino que conduce á este punto es semejante al de Castellamare á Sorrento; muy sinuoso, y siempre paralelo á la costa, elévase algunas veces á considerable altura sobre el mar, prolongándose entre imponentes rocas y terrenos bien cultivados, donde abundan los viñedos, los olivos, los limoneros y naranjos. En algunas rocas se ven pintorescos pueblecillos, con sus blancas casitas de tejado plano. Despues de cruzar varios estrechos valles, todos ellos cubiertos de bosque, y que se internan mucho en las montañas, llégase á Capo Tumulo, donde el camino es aún más deleitoso, y sucesivamente se pasa por Maiori, Minori y Atrani, que descuellan entre plantíos de limoneros, formando el más agradable conjunto.

Por muy pintorescos que sean estos pueblecillos, no podrian, sin embargo, competir con Amalfi: esta bonita ciudad, parte de la cual ocupa un espacio de la playa, elévase sobre las rocas, en las cuales hay varios senderos; la vid y el naranjo cubren las paredes y terrados de las casas, y sobre el conjunto descuella una antigua torre redonda.

De la bahía de Nápoles se puede salir por Capri, más propiamente llamada isla de las Cabras *(Capreæ)*, porque toda ella es una mole montañosa, cuya cima se eleva á 2,000 piés sobre el nivel del mar; en el lado oriental las rocas suben verticalmente hasta una altura de 300 varas.

El nombre de esta isla se cita en la historia romana en los dias de Augusto, quien la eligió como residencia marítima é hizo edificar allí una quinta. Más fama adquirió en la época de Tiberio, que mandó erigir doce palacios, en honor de cada uno de los principales dioses, habiendo pasado en la isla los últimos diez dias de su existencia.

En el promontorio oriental de la isla, á gran altura sobre el mar, consérvanse aún las ruinas del palacio que Tiberio habitó. Segun las leyendas, el tirano acostumbraba á precipitar sus víctimas en el mar desde el borde de un abismo inmediato á su morada.

Vista desde léjos la isla parece pedregosa, y lo es en efecto; para llegar á ella desde el desembarcadero era preciso ántes franquear una cuesta bastante escarpada, aunque no tanto como la que hay para ir á Anacapri; pero ahora hay un buen camino que se desarrolla hasta las alturas como una inmensa faja. En la inmediacion de la isla se halla el castillo de Barbaroja, antigua fortaleza ruinosa de la Edad media, llamada así por haberla destruido el pirata de este nombre. El hecho ocurrió hace tres siglos, pero áun vive gente que puede recordar los dias en que esta costa y la inmediata no se hallaban libres de merodeadores, y en que los barcos argelinos hacian frecuentes correrías; aquellos piratas saqueaban de vez en cuando algun tranquilo pueblo, llevándose algunos prisioneros para reducirlos á la esclavitud. Hasta el año siguiente á la batalla de Waterloo, y cuando lord Exmouth destrozó los fuertes de Argel, no dejaron de ser los piratas un terror para esta region.

En Capri se puede visitar la famosa gruta de Azara, ó Gruta Azul, situada en el noroeste de la isla; pero no es posible penetrar en ella sino cuando el tiempo está muy sereno, porque la parte superior de la entrada hállase á poco más de cuatro palmos de la superficie líquida. Una vez en el interior, se ve que el techo pedregoso se eleva á diez ó doce varas sobre el nivel del mar; apénas penetra la luz del dia en este recinto, y si no fuese por el pálido reflejo de aquella en el agua, reinaria casi una completa oscuridad. Hé aquí por qué la gruta parece de un bonito color, como sucede en las de los glaciares.

Pongamos aquí punto final á nuestra descripcion de los alrededores de Nápoles, no sin lamentar el atraso de este país, sometido durante largos años á un régimen poco favorable al desarrollo de su cultura. La mendicidad y sobre todo el bandolerismo hicieron presa en él; pero en la actualidad puede asegurarse que la primera ha disminuido, desarrollándose la aficion al trabajo, y que el mayor grado de instruccion contribuirá á extirpar esa otra plaga no del todo extinguida en el hermoso suelo italiano.

EL TIROL

Castillo en el Tirol

Lo que Suiza era en los dias de nuestros padres, es en la actualidad el Tirol. Cuando hojeamos los relatos de los viajeros que recorrieron la Suiza ántes de haber caminos de hierro, vemos que se habla mucho de fastuosas y poéticas costumbres y de magníficos trajes; pero todo esto ha desaparecido ya; la legion de extranjeros que visita el país todos los años ha sido suficiente para borrar en parte las huellas del pasado y cuanto era más típico en el país. El traje nacional, siempre pintoresco, y á veces elegante, ha sido reemplazado casi en todas partes por la monótona uniformidad de las modas parisienses ó por mezquinas imitaciones. Sin duda se ha ganado algo en comodidad, pero en cambio se ha perdido mucho por otra parte, y si Suiza cambia en los veinte años futuros tanto como en los pasados, el viajero no hallará pronto, por